

EL MOTÍN



Año XLI

Madrid, Sábado 22 de Octubre de 1921.

Número 43.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

EXPECTACION

Cierro este número el jueves a mediodía, cuando, según me aseguran, sentimos todos gran expectación por saber qué ocurrirá en la primera sesión de Cortes. Y en vista de que siento gran expectación, voy a probar a hacer unas conjeturas.

Del desastre de Marruecos muy poco podrán decir quienes han gobernado, porque a todos alcanza la responsabilidad.

Quedan los hombres que no han gobernado. Pero es que para tratar esta cuestión a fondo no basta con no haber gobernado: se requiere no haberse dejado acariciar nunca por la perspectiva de gobernar con el actual régimen; es decir, con el visto bueno de las cábalas que hoy por hoy hacen y deshacen ministros y prestigios oficiales. ¿Con muchos los parlamentarios con merecimientos reconocidos que se encuentran en las condiciones necesarias para hablar?

Disursos de apariencia tremebunda quizás haya alguno; frases rimbombantes, las habrá por docenas. Pero cuando llegue la hora de concretar algo en resoluciones, entonces veremos. Si el patriotismo (patriotismo de cháchara y de acomodamiento) ha servido de tapadera (higiénica tapadera) en trances en que había que traerlo por los cabellos, ¿cuál no será su eficacia ahora, ocasión en que si ese socorrido patriotismo no existiera habría que inventarlo?

Justicia Nacional

Hemos leído, que los socialistas se proponen pedir en el Congreso el abandono

de Marruecos. Adoptar tal actitud—la actitud negativa de siempre—sería colocar se voluntariamente al margen del debate, renunciar a entrar en las cuestiones concretas que han de discutirse, dejar a los hábiles que escamoteen el problema. Los hábiles sólo necesitan un pretexto para provocar la sesión patriótica en que han terminado en nuestros Cortes todos los debates sobre Marruecos.

¡No! En la imposibilidad de desarraigar en breves horas el alma nacional ciertos sentimientos, lo que debe hacerse es utilizar esos sentimientos para crear a su calor una nueva política africana. Y lo primero de todo ir a quitar dólos están las responsabilidades del desastre, que no se contraen seguramente a Melilla y su campo. En las guerras coloniales, las responsabilidades suelen estar muy lejos del campo de las operaciones. Los responsables de los desastres argelinos, con que se inaugura la acción francesa en el África del Norte, no estaban en Argelia, sino en París, entre los que deseaban hacer la guerra por motivos políticos, proporcionando a la opinión pública un objetivo en el exterior, a fin de poder descargar un fuerte golpe en el interior. Tan poco estaban en África los responsables del inmenso desastre de Adua, sino en Roma, en la Roma del rey de Humberto y de Crispi. De Roma partían los telegramas exigiendo a Baratieri victorias auténticas, calificando sus operaciones como *triumfos militares*, y terminándole a realizar cualquier sacrificio para salvar el honor del Ejército y el prestigio de la Monarquía. Y allá fué el infortunado general gambaldino, lanzándose ciegamente a la denota y comprometiendo un ejército de veinte mil hombres, que en una trágica retirada perdió dos generales, dieciséis circunstantes y cuatro mil quinientos soldados, además de dejar en poder del enemigo casaca y cinco oficiales y mil quinientos irredimidos de uropa. El responsable no era Baratieri, general valiente y pundonoroso, sino Crispi, que ejercía en Italia una odiosa dictadura sin disponer de más fuerza que el apoyo de la Corona; la responsabilidad no estaba en el campo de batalla de Adua, sino en Roma, en el Quirinal y en la Presidencia del Consejo. Como las responsabilidades más abrumadoras de nuestro desastre colonial, que reverdece en los eriales rifeños, no estuvieron en Cuba ni en Filipinas, sino en Madrid, que ordenaba a Cervera lanzarse al fondo del mar en busca de las victorias que necesitaba el régimen, sin perjuicio de pactar después con Washington la rendición de Santiago mediante un simulacro de combate.

No, queridos amigos de la extrema izquierda. Nada de actitudes negativas, fáciles sin duda, pero de una absoluta ineficacia. Es preciso descubrir y señalar a los responsables del desastre, y pedir serenamente, razonadamente, documentalmente, su castigo en nombre de la justicia nacional. Durante más de un siglo, el Esta-

do español sólo fué un bárbaro instrumento de venganza para sus adversarios. La justicia del Estado español fué hasta ahora la abominable justicia de partido, que nubla la conciencia ciudadana y enardece el alma de la facción. El Estado español no ha encontrado hasta ahora nada que mereciera castigo, aparte de los delitos contra el orden público. Para el Estado español, crecían irreflexamente novaca de la fuerza, cosa de una perenne rebelión, sin más instinto que el de la ferroz represalia, el único delito verdaderamente grande ha sido el de pensar y sentir con nobleza. En el orden civil, ha perseguido, sólo por sus ideas, a los españoles más eminentes; no hay un gran nombre español del siglo XIX que no haya recorrido Europa buscado en la solidaridad internacional protección contra la justicia de su patria encarnada en el verdugo. En el orden militar, tiñó su sargate el uniforme de los generales más valientes, castigando en ellos, no el haber conducido los ejércitos a la derrota, sino el tener una generosa emoción política. Desde Píer a Ferrándiz y Belles, desde Lacy a Villacampa—héroes de la independencia como el Empecinado, héroes de la libertad como Riego y como Torrijos, héroes de la guerra civil y caballeros de ideas conservadoras como don Dago de León—, el Estado español sólo castigó en el soldado los delitos contra la forma de gobierno, jamás los delitos—disfrutados a veces de lealtad al trono—contra la patria. La justicia colonial, que amparó tanto latrocinio y tanto delito de lesa humanidad, sólo tuvo coraje para atravesar el pecho de Ríal. Y ahora mismo, una monstruosa justicia de clase—que ni siquiera de partido—, ante la alarma causada por la repetición de violencias criminales atribuidas con mayor o menor fundamento al Estado, se ha creído en el caso de tranquilizarnos con esta frase verdaderamente lapidaria: *Aquí no se asesina a nadie.*

No se asesinará a nadie. Pero—aparte los innumerables atentados contra los derechos individuales que se cometen cada día—se lleva a la muerte a la flor de la nación en imprudentes combates y en trágicas retiradas. Y eso es un delito mucho más grave, porque es un delito de lesa patria y de lesa humanidad, que todas las figuras de delito, más o menos convencionales, contra la forma de gobierno y contra el orden público. Y bien pueden pedir los que tantas veces han sido víctimas de la justicia de partido y de la justicia de clases, que se haga por vez primera, ante hechos como los que acaban de conmover a España, justicia nacional.

ALVARO DE ALBORNOZ

De El Liberal.

Al reformar el Consejo de Instrucción Pública se han cubierto casi en absoluto las plazas con gentes de las derechas.

Don Ramón y Cajal ha dejado de

pertenecer á él, pero en cambio y por vez primera, se ha dado entrada á un Padre de la Compañía de Jesús.

Tras del que entrarán otros. Aunque no sea necesario para que el Consejo de Instrucción Pública sea una sucursal del clericalismo. Hace tiempo que no es otra cosa.

LOS JESUITAS Y LA GUERRA

Los frailes franciscanos tienen otorgado como coto redondo para la propaganda espiritual y difusión del catolicismo, Marruecos y nuestra zona de protectorado. La cosa data ya de muchísimos años. Pero de esto h más de hablar largo y tendido. Allí no pueden meter biza ninguna otra clase de frailes ni de religiosos. Pero ya empezian á meterle el diente individuos de otras órdenes religiosas al olorillo de la victoria de las tropas españolas.

Allí no había hereles imbeciles, aristócratas idiotas, ni viudas millonarias, y por eso los jesuitas no apetecían aquellos estériles lugares, dejánlo que los franciscanos se cocieran en sus matrigueras, haciendo que hicemos y chapudose los miles de pesetas que el ministerio de Estado les regala.

Pero surge la guerra y hay que movilizar para allá multitud de pollos bien, herederos de casas ilustres y miembros de familias distinguidas, jóvenes de esos que han de consultar á su director espiritual todos los días de qué color han de ponerse los calcetines. La disciplina militar arranca de su dulce farniente á toda esta brillante legión y los manda á Melilla. ¿Qué harán allí estos luises elegantes sin sus jesuitas? Consultar á los capellanes castrenses? ¿Echirse en brazos de los plebeyos y democráticos franciscanos? De ninguna manera. Sus clamores llegan al cielo y repercuten en la suntuosa residencia de la calle de Caspe, y la Compañía de Jesús se siente comovida, aunque ha permanecido impassible ante la guerra y con la bolsa bien cerrada, y acuerda poner el medio envianlo allí un jesuita, al padre Clavell, gufa de los pollos aristocratas en todas sus cuitas y apuros. Los franciscanos fruncen el ceño al ver el altruismo de los jesuitas en Marruecos, del que no se habían acordado jamás hasta que los cuantos ricos han ido allí.

El padre Clavell ha hecho el viaje con más infamia que el alto Comisario y se ha hospedado en el mejor y más elegante hotel de Melilla. Los cuantos distinguidos están llenos de júbilo: un jesuita entre ellos da á la campaña africana una nota de elegancia y distinción de que antes carecía. La verdad es que los reverendos padres de la Compañía de Jesús, tratándose de una guerra que tiene por fondo un fanatismo religioso, y estando fundados por un sargento que ellos posita le estar calcados á usanza militar, deb eran haberse apresurado á ponerse á las órdenes del alto Comisario para el servicio espiritual del ejército combatiente y haber dado un fuerte estirón á sus cajas en obsequio del soldado; pero no lo han hecho así. Ecas sea hoy mucho la vocación al martirio, y pudién los ganar el cielo dentro de un lujo coligoso, parece absurdo meterse en andanzas de guerras y de sangre.

Pero si podían haber hecho el sacrificio de ofrecer su casa de Sarria, que es inmensa y muy confortable, y su magnífica residencia de la calle de Caspe para albergar heridos.

Item más: podían haber ofrecido, como sanatorio, su magnífica quinta en las inmediaciones de la Bomanía, antiguo palacio de los marqueses de Gironella. Pero los jesuitas tienen olvida la aquella máxima sublime de Cristo: *Beatius est clare quam accipere*. El mejor dar que recibir.

Y que no se descaidan en aceptar, díganlos el jesuita padre Cirera, que tan buenos ritos se ha pasado en las fincas del señor Gil, en Vilabella y Espuglas de Francolí, y las expansiones que jesuitas de toda laya tienen en las posesiones de la comarca de Sobradie; las temporales que gozan en el Montseny, y en las fincas de doña Isidra Pons, y los jesuitas tarraconenses en los suntuosos predios de los acaudalados Miller é Iglesias en Reus.

Para si tanto les obsedian y tanto recibían, cómo no tienen un rasgo de generosidad, aunque sólo fuera para tapar un poco la boca á los murmuradores?

El padre Clavell ha ido á Melilla, no para seguir las huellas de San Pedro Claver ni de San Francisco Javier, sino para estar al lado de sus amigos luises y continuar en Melilla la empresa de sugestión, de acaparamiento de voluntades y corazones de los cuantos de lujo, lo cual en su día da sus frutos en forma de legales ó donaciones. Aunque suponemos que no se pondrá al alcance de ellas, pedimos á Dios que una bala perdida no dé al traste con la hermosa y altruista obra que el padre Clavell ha de realizar en Melilla entre los pollos bien. Porque de los plebeyos no se cuida la faculta Compañía de Jesús.

FRAY GERONIMO

La "Caja del Soldado"

En todas las poblaciones, grandes y chicas, se celebran festivales, cuestaciones y suscripciones á beneficio del soldado.

Pero he aquí que un día sabemos el producto obtenido en algunos festivales y suscripciones, pero después no sabemos ni cómo le ingresa el dinero, ni cuándo, ni el destino que se le da.

La gente empieza á desconfiar y á retraerse, porque no ve claro, y á las multitudes es preciso mostrar las cosas de manera palpable. Y en el interés de todos está que no decrezca el generoso movimiento, que no se desvirtue el altruista sacrificio, que no decaiga el entusiasmo, que no se mate tan elevada idea de patriotismo, ya que tan escasos ideales nos quedan.

No concebimos que exista un sólo infame que sea capaz de comerciar con cosa tan sagrada. Más creemos en la falta de organización. Los mil lavaderos que se dan á lo reculado destruye toda utilidad y anula el efecto de la eficacia, dando ocasión á que el soldado no note apenas el desprendimiento de sus compatriotas y á que la gente recele y se distancie murmurando.

Dijimos que el Estado cumpa las obligaciones que le competen, como son abastecimiento de hospitales y aprovisionamiento del soldado en campaña, ó á lo sumo tenga como auxiliares y complemento de su misión á esa institución sublime que se llama Cruz Roja y otras similares, las

que pueden celebrar con tal fin, y con seguridades de éxito, cuantas colectas juzguen oportunas, recogiendo á la vez el producto de todas las iniciativas que á ese objeto se destinen previamente.

Pero lo que ostente carácter popular, lo que se repanda bajo el lema genérico de *beneficio de los soldados*, debe destinarse á un fondo común, que tenga un fin práctico y ostensible, que resulte de utilidad positiva y concreta al soldado.

Veamos la inversión y la forma de realizarla, que, á nuestro juicio, conviene.

El soldado español es acribro y es valiente; es valiente porque tiene corazón; y porque tiene corazón alberga en él afectos queridos. La vida familiar en España es íntima, es amor sa, y el soldado que expone con arrojo su vida, ha de sentir amargura, de fallamiento al pensar en la situación en que quejarán su madre, su esposa, sus hermanas si él falta ó queda inútil para el trabajo. ¡Oja, sino fuese por tan humanos temores!

Aliviar esos irremediables casos es obligación de todos los que sin compartir los peligros compartan la gloria, y no puede tener inverosímil más apropiada lo recaudado por donativos.

Para ello, podría crearse una institución oficial con el nombre de CAJA DEL SOLDADO, á la que fuese el producto de todo el beneficio.

La Caja del Soldado, bien por medio de la Prensa, bien por un Boletín propio, daría cuenta decenal de los ingresos, detallando procedencia, motivo y cantidad. Así el público sabría positivamente á donde iba su dinero y acudiría gustoso siempre que se le llamara.

Es difícil calcular, pero guiándonos por las cifras que venimos viendo barajadas, recabando el producto de todos los festivales, suscripciones y donativos de España entera, más de cuantos pudiesen organizarse rápiamente para el fin propuesto, no es muy aventurado suponer que el día 31 de Diciembre llegará á reunir la Caja del Soldado quince millones de pesetas. Con el fin de robustecer su acción desde el primer momento, el Estado podría donar á la Caja otros quince millones, y una vez así peritrechado, establecer el Seguro de vida y de accidentes para el soldado.

Como continuación de esta recaudación, la Caja del Soldado seguiría nutriendose, y, en caso preciso, en llamamiento á la generosidad nacional la librería siempre de todo evento. La Caja del Soldado simbolizaría la dignidad patria y por esa sola consideración estaría protegida por la nación entera.

Su existencia no lebría ser accidental, sino permanente. Cuando pasen las dolorosas circunstancias actuales continuaria amparando siempre al soldado mientras esté en el servicio de las armas, y las indemnizaciones serían las mismas por muerte violenta, que natural; por accidentes de la paz, que de la guerra.

La sostendrían siempre los donativos voluntarios. ¿Se negarían los artistas y empresarios de espectáculos públicos de España á dar anualmente un beneficio á la Caja del Soldado? ¿No dejarían un día de haber todos los empleados oficiales y particulares y los obreros? ¿No es posible que, aparte de otros donativos, los industriales y comerciantes fijaran una participación en sus beneficios á favor de la Caja del Soldado? ¿Es difícil señalar un día, con la categoría de fiesta nacional, llamado Día de la Caja del Soldado en el que se hiciese una cuestación extraordinaria?

¿Serían suficientes los ingresos que esos y otros recursos proporcionarían para sostener dignamente la nobilísima institución?

La escala de indemnizaciones, organización y el funcionamiento de la *Caja del Soldado* corresponde señalarlos a otras personas más competentes que nosotros.

Si nuestra modesta iniciativa, u otra semejante, tuviera realidad, estamos seguros de que el soldado no sentiría escalofríos, y las madres y las esposas, en medio de su infinito dolor, tendrían el consuelo de ver que para consolarlas, para ampararlas, la Patria toda, que aceptó el sacrificio del varón, llegaba hasta ellas por medio de la *Caja del Soldado*.

De Adelante, revista ilustrada financiera de Barcelona.

EL PARLAMENTO IDEAL EN 1933 Y TANTO

El Presidente.—Según la orden del día, va a ponerse a discusión el proyecto de ley presentado por el honorable diputado señor Dupont.

Sr. Dupont.—Pido la palabra. En nombre de un Sindicato de capitalistas, y en el mío propio, ofrezco la suma de mil quinientos francos a cada uno de los señores diputados que voten en favor de mi proyecto.

Una voz.—¡Es poco! (manifestaciones de aprobación en varios bancos.)

Sr. Dupont.—Que ofrezca más el que se oponga.

Otra voz.—¡Es una cifra ridícula!

El Presidente.—Resgo que no se interrumpa al orador. El que tenga argumentos que aducir que pase a exponerlos en la tribuna.

Sr. Durand.—Pido la palabra.

El Presidente.—Tiene la palabra el señor diputado Durand.

Sr. Durand.—Igualo cuales pueden ser los motivos que han inducido al honorable diputado señor Dupont a intervenir directamente en este asunto... pero no quiero preocuparme de ellos. Por mi parte no son mil quinientos francos, sino dos mil, dos mil, repito, los que me comprometo a entregar a los señores diputados que no voten en favor del proyecto del honorable diputado señor Dupont. (Viva emoción).

Una voz.—Esos se mejor.

Sr. Dupont.—Ofrezco dos mil quinientos a los que voten por el proyecto. (Bravos).

Sr. Durand.—¡Tres mil a los que voten en contra!

Sr. Dupont.—¡Cuatro mil!

Sr. Durand.—¡Cuatro mil quinientos!

Sr. Dupont.—Le advierto que no llegará usted a intimidarme. ¡Cinco mil! (Emoción profunda).

El Presidente.—¿Nadie dice nada? Estamos en cinco mil, por el honorable diputado señor Dupont.

Sr. Durand.—¡Cinco mil doscientos!

Sr. Dupont.—¡Seis mil! (Aclamaciones).

El Presidente.—¡A la usul... ¡A las dos!... ¡A las tres!... ¡Nadie dice nada?... Queda cerrado el debate. (El señor Dupont es objeto de calurosas felicitaciones).

Sr. Machin.—Pido la palabra para protestar públicamente contra las costumbres que tienen introducidas en la Cámara...

El Presidente.—La insinuación del honorable diputado señor Machin es un insulto a la honorable Cámara. Llamo a usted al orden, señor diputado.

(Se pone a votación el proyecto del señor Dupont, y es aprobado).

ALFREDO CAPUS

El que no se consuela es porque no quiere

Es cierto que la Compañía de Luz Eléctrica sigue dando a los madrileños candiles mortecinos y que las pocas vigentes que trabajan de noche (¡incantables!) se están que lando ciegas.

Es cierto que las obras públicas que emprende nuestro flamante Ayuntamiento tienen el carácter de eternas (algún chanchullo debe haber de por medio) y Madrid es una colección de barrancos, trincheras, montes y grutas tenebrosas.

Es indudable que el pueblo de Madrid no come, pues la carne, las patatas, el aceite, el pan... están a la disposición de unos cuantos tios con tales riñones, que, como ha dicho López Baeza, se rien y se sonríen de todas las autoridades.

No es menos evidente que la Empresa de Tranvías convierte los cochinos en racimos humanos y los madrileños tenemos que pagar de diez a veinte céntimos por convertirnos en uvas de esos racimos estrujados, para que beban su no unos cuantos privilegiados y, de fij, excelentísimos é ilustrísimos señores.

Por su parte, las Compañías Ferroviarias, mientras traen ó no material, venden billetes y los cobran para unos coches que saben que van a llegar completamente llenos a la estación, y en los que, por lo tanto, no va a poder subir nadie.

¡Vimos, que cobran un reloj que no existe!

Todo esto es indubitable y evidente de toda evidencia.

Pero, en cambio, miren ustedes a Mañra. Cada día está más imponente y más poseur. ¡Qué barbas blancas tan eminentemente conservadoras! ¡Qué aspecto tan clásico de guardador del orden establecido, en que van montados tan a gusto los tñoneros, los carniceros y los concejales! ¡Que mirada de arrobamiento que, ora se torna al cielo, ora a la tierra y a los gobernadores que permiten y bendicen la timba libre en el Estado hambriento!

¡Nosotros somos nosotros! Esto está diciendo siempre aquella boca.

Mientras Mañra y Cierva estén en las alturas del Poder, la regeneración de la España con acciones del Banco, puestos reguladores, carnicerías, tabonas y casas de juego será un hecho.

De modo que los zógeros que andan por ahí victimando fieros males, ó son indignos demagogos ó inmundos hambrientos que no han visto de cerca un Teniente de Alcalde.

Afortunadamente estamos en mayoría los que todavía comemos todos los días y contemplamos como arrobados esas excelas barbas blancas, bandera de la paz y la abundancia.

JUAN GIL

¡BUENA TORTILLA!

En una visita de inspección que hizo en Barcelona el Subdelegado de Subsistencias a las Cámaras frigoríficas de huevos, halló en una que de 28 000 docenas almacenadas, la mitad estaban podridos; y en otra que había 24 200 docenas, 12 000 completamente descompuestos, siendo todos destruidos inmediatamente.

Aunque la noticia no lo expresa, su-

pongo que les serían á esos ladrones de comisados los huevos que estaban todavía en buen uso, para responder de las costas del proceso que se les estará formando y que estarán además archivados en la cárcel.

Lo contrario sería hacer justicia á medias.

Escuela y Cantina Municipal de "Ciegos, Sordomudos y Deficientes de Barcelona."

(Conversación infantil)

—Escucha, Andresito, ¿tú tienes mamá?

—Sí; una mamá que me quiere mucho.

—¿Y es muy buena tu mamá?

—Muy buena, Pedrito; mira si es buena que cuando llego de la escuela me da lo menos veinte besos.

—Lo mismo que la mía. ¡Qué buenas son las mamás!

—Pero dice Masoni que no todas las mamás son buenas.

—¿Y qué entiende él de esas cosas, si dicen que está perturbado! Las mamás todas deben ser muy cariñosas y muy buenas, porque cuidan a sus hijitos, los visten, los lavan, los mandan al colegio y les tienen sus camitas preparadas para que descansen por las noches.

—También es muy buena la señorita Elena, pues ella nos enseña lo que no sabemos, nos evita que tropicemos, nos acompaña a la mesa, se sienta a nuestro lado, nos sirve los platillos y cuanto queremos comer, y mira por nosotros, así como si fuera una segunda mamá.

—Dicen que es muy bonita. ¡Qué lástima de no poder verla!

—Estáte quieta, Filomena; ¿piensa que no te he conocido?

—¡Pobrecita! Como, según dice la señorita Elena, tiene la cabeza un poquito trastornada, no sabe si hace daño ó no; y gracias que no lo ha visto su profesora, porque si una señora muy bondadosa, y que tiene gran cuidado con que sus alumnas no ocasionen ningún mal.

—Y también el señor Farnell; y eso que él tiene los más traviesos, porque son los mayores.

—Todos los profesores son muy cuidadosos y agradables en esta Escuela.

—Eso sí; aquí nunca pegan ni riñen con acritud, según dicen que hacen en otras escuelas.

—¿Y quién son los dueños de esta Escuela? ¿El señor Torres y la señorita Marcelina?

—No, hombre, no; el señor Torres es el Director ó subdirector, que yo no entiendo de eso. Y la señorita Marcelina, creo que es la Administradora.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque ellos se cuidan de mandar comprar la comida y cuanto hace falta.

—¿Qué rico debe ser el señor Torres!

—No, hombre; si el dinero con que lo compra no es suyo; es del Municipio.

—¿Y la señorita Marcelina, qué hace?

—Es así, como la Administradora...

—Pero, si parece muy jovencita, por la voz.

—Sí, más yo le he oído decir al señor Bonet, que es muy inteligente y muy trabajadora, y además muy guapa.

—Hasta los empleados son muy cariñosos y solícitos con nosotros; yo muchas veces, cuando él me llama, le hablo al señor Róndondo, al señor Alejo ó á los otros,

si me dicen algo, y me contestan con tanta dulzura, como si estuviesen sólo para servirme á mí.

— ¡Y qué bien guisa la Antonia, y que buenos platos de confitura hace!

— Todos, todos en esta casa son á cual mejores.

— ¡Ah! Y no hemos hablado de los profesores de música. Mira que se afanan porque salgamos aprovechados.

— Dice mi mamá que han de tener mucho sentimiento artístico, y una paciencia de santo para tolerarnos á nosotros.

— ¿Serán santos nuestros maestros?

— Yo creo que la mayor santidad es la de hacer obras buenas.

— Pero, en fin: ¿quién es el dueño de esta Escuela?

— Pues el Ayuntamiento, que mira por todos nosotros, y nos hace personas de provecho, como dice mi mamá.

— Pues, ¡que viva el Ayuntamiento de Barcelona!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Anticatólicos dignos

Sr. D. José Nikens

Mi querido padre espiritual: Al leer su artículo titulado *La farsa en todo*, correspondiente al día en cuestión y una fecha ocho del actual, entré en ganas de comparar los errores políticos de este pueblo con los de Madrid, sabiendo que era un espejismo compararlo con Madrid un pueblo que no llega á mil habitantes. Conté los verificados desde el año 1917 á esta fecha, y he aquí los que fueron:

Año.	1917.	6
	1918.	4
	1919.	5
	1920.	1
En lo que va de 1921.		5

Según la estadística oficial del pueblo, salen estos años á 20 de funciones cada uno.

De modo que aquí, donde nos quejamos porque nos parece que se hacen pocos actos civiles, resulta que pasan del 20 por 100, mientras que en Madrid, donde hay tantos liberticidas, republicanos, socialistas y comunistas no llega al 1 por 100.

Yo pensaba que todos los que se llaman republicanos hacia adelante, debían apartarse completamente de la Iglesia, pero veo lo unidos que están los partidos que se llaman avanzados para favorecer el error más grande que tenemos en nuestro camino hacia el Progreso.

Perdre que le haya molestado y reciba un cariñoso abrazo de su afmo. s. s.

JOAQUIN BORJA

Algimia de Alfara, 16-10-1921.

En 1909 se me ocurrió también averiguar cuantos enterramientos civiles hubo en 1908, y supe que habían sido 103.

Teniendo en cuenta que entonces se calculaba la población de Madrid en 600 000 habitantes, resulta que cada año disminuye el número de enterramientos civiles.

Esto me preocupa y me hace pensar en que pudiera encontrarme sin hospedaje el día que muera, á causa de haberse cerrado ese Hotel de la

Muerte por falta de huéspedes nuevos.

En cuyo caso, aconsejaría á mi cadáver que tomase el camino de Algimia de Alfara, donde los anticatólicos son más decentes que los de Madrid, y aguardase en aquel cementerio la hora de acudir al Juicio final, que no me preocupa lo más mínimo, acostumbrado á concurrir á tantos en los tribunales de este misero valle de lágrimas.

ALCALDADA

Ocurriósele á Fernández Romero, de Valverde del Camino, escribir una Hoja expresando su opinión contraria á la celebración de fiestas para recaudar dinero en beneficio de los soldados que luchan en Marruecos. De su estilo mesurado puede juzgarse por los párrafos que copio:

«Caridad! Sentimiento! Humanidad! Qué grande en sí son estas palabras y cuantas veces se ven escarnecidas, mutiladas, profanadas!

»Ahora mismo, durante estos martirizantes días de terrible inquietud y de zozobra, de amargo dolor; cuando nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros amigos, en una palabra todos aquellos seres que queridos que constituyen nuestra sagrada felicidad en el hogar; aquellos seres que al pensar en ellos, nos suelen traer felices recuerdos á la memoria, se encuentran por otra del destino sufriendo las calamidades, los horrores, el trágico sacrificio de una guerra, en el Pueblo de Valverde, como en muchas partes de España, se lamentan los terribles momentos y brota la inspiración sublime del sentimiento en todas las clases sociales.

»Este sentimiento, al iniciarse, brota puro, imaculado, impregnado de un grande amor. Pero he aquí que en un momento dado, por obra del RIDICULO y del SARCASMO, aquello que debiera hacerse en medio del mayor silencio, con el espíritu embagado por la gravedad que encierra el motivo de esa inspiración de sentimiento, como aconseja todo acto de verdadera caridad, se torna en rutinario bullicio, en estrépito escandaloso, apoderándose del acto que debía ser todo humildad, el brillo, la pompa, la cursilería, el lucimiento, la vanidad; haciéndose una verdadera corrupción de donde, si con detenimiento mismo, ha desaparecido totalmente toda noción de sentimiento puro, de sentimiento de verdad.

»Si es una fatal degradación la que llama á nuestros corazones suplicar un rasgo de verdadero sentimiento (como vimos á responder á esos lamentos, que debían tenernos contristados, afligidos, llenos de profundo estupor, con el eco de nuestras expansiones y alegrías, aunque éste eco se haya convertido en pesetas).

»Esto no puede ser espíritu de verdadero amor, ni de sentimiento fraternal. Esto no es fundir nuestro dolor como se pretende hacer ver, con los que en tan grandes proporciones soportan los rigores de la campaña.

Llevó Fernández Romero la Hoja al alcalde, quien no quiso autorizar su reparto. Pero entregó recibo acreditando la presentación de las mismas,

Ayuntamiento de Madrid

con todos los requisitos que la ley exige. Y ante aquel brutal atropello, indignóse y distribuyó algunas á los amigos.

Una hora después llegó á su casa un oficial con una pajeja de guardias, le colocaron esportas y lo condujeron al Ayuntamiento donde lo tuvieron seis horas.

Y ha denunciado el atropello ante el juzgado de Instrucción, por que la falta que él cometió repartiendo la Hoja, no autorizaba al alcalde para tratarlo como á un criminal.

Agradecería á mi querido amigo Fernández Romero que me tuviese al corriente de la resolución del Juzgado.

El Padre Prior

Repantigado en la cama besuqueando á su nieto, el gran Prior se deleita oyendo el chi-porroteo de la lumbre en que se guisa la perdiz para el almuerzo, y por el olor advierte la sazón del condimento. Se levanta, escupe, suénase, esterruda, y con los dedos con que levanta la hostia saca la perdiz del fuego. La comulga ansiosamente dándose golpes de pecho, remoja bien su conciencia con un trago de la saña, y volviéndose á la cama entre sonoros reglidos exclama muy compungido: «¡Todo por amor del cielo! ¡Cuánta resignación pide nuestro santo ministerio!»

(Traducción de Marot, siglo XVI.)

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5 pesetas. Baltasar González, Borja, 7.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Pamplona.—B. Paz. Abonada su suscripción hasta fin Abril 1922.

Mieres.—Juan González. Recibido su giro de 9,60. Conforme.

Algimia de Alfara.—Joaquín Borja. Id. de 48. Conforme.

Jeresa.—A. Alberola. Id. de 10 á cuenta.

Yecla.—García. Id. de 5 á cuenta.

Cornella.—R. Planes. Id. de 20. Conforme.

Morón.—M. Plaza. Id. de 2,50. Conforme.

Ronda.—Viuda de Lara. Id. de 2. Conforme.

Ciudad Real.—Julio García. Id. de 1. Falset.—Feliciano Montesinos. Idem de 6,50.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.